

armónico á un tiempo, fundado entre la oquedad de la tumba y la bóveda del cielo, en donde todo sonido produce eco duradero.

EL MARQUÉS DE MOLINS.
(La Sepultura de Miguel Cervantes.)

IDEA FUNDAMENTAL DE LA EDUCACIÓN

Dios ha criado al hombre «para amarle y servirle en esta vida y gozarle eternamente en la otra,» como nos enseña el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*.

Al criarle, le dotó de preciosas y divinas facultades, cual no las reunen los demás seres de la Creación, y que son otras tantas fuerzas de que ha de valerse para alcanzar su fin.

† Pero las facultades humanas, aunque desde un principio revelan la existencia y hasta su poder y bellezas, aparecen en estado de germen, y, á semejanza de la flor encerrada en su capullo, sólo se manifiestan en todo su poder desarrollándose progresivamente por medio del cultivo.

Toda la doctrina de la educación se funda en estas verdades, por las cuales se explica su naturaleza, su importancia,

su necesidad, su extensión y las diferentes maneras de considerarla.

Formar al hombre preparándole para cumplir su destino en ese mundo y en el otro, es el *objeto final* de la educación.

Desenvolver las facultades humanas, cultivándolas y ejercitándolas, su *objeto inmediato*.

De modo que la educación es el cultivo y ejercicio de las facultades humanas, para desenvolverlas y perfeccionarlas conforme al fin para que ha sido criado el hombre.

Por la educación despiertan del sueño en que están sumergidas las facultades humanas, se desenvuelven, se fortalecen y adquieren la plenitud de vida y poder de que son susceptibles. Con el desarrollo de estas facultades, que constituyen la naturaleza y dignidad humana, se forma y prepara el hombre para hacer la dicha de su familia, para servir á su patria según su posición y talento, y para el reino de los cielos, dónde sólo le es dado alcanzar la perfección.

En este sentido la educación, concurriendo á la obra de Dios, conforme á sus altos designios, es uno de los reflejos más

admirables de la acción, de la bondad y de la sabiduría divinas, y, por consiguiente, uno de los asuntos más elevados y trascendentales. En esto consiste su grande *importancia*.

El estado de germen en que aparecen las facultades humanas, supone su ordenado y progresivo desarrollo conforme á la voluntad de Dios, y de aquí la *necesidad* de la educación, que no consiste fundamentalmente más que en este desarrollo.

Los diversos órdenes de facultades, por más que en su conjunto tiendan á un mismo fin, se manifiestan por diversos efectos y pueden estudiarse separadamente.

Hay, en primer lugar, clara y manifiesta diferencia entre las facultades físicas y las facultades superiores del hombre, lo cual sirve de fundamento para distinguir la educación del *cuerpo* de la educación del *alma*.

Entre las facultades del alma, hay también diversos órdenes. Unas se refieren al entendimiento, otras al sentimiento y otras á la voluntad, y de aquí la educa-

ción *intelectual*, la educación *moral* y *religiosa*.

Como instrumento del alma, el cuerpo ha de ser sano, robusto y ágil para ejecutar las órdenes del espíritu. Tales disposiciones se adquieren por medio del desarrollo de las fuerzas corporales, que es el objeto de la educación *física*.

Para concurrir al fin común de las facultades humanas, el espíritu debe desplegar la atención, la percepción, la memoria, la imaginación, el juicio, la razón, todas las fuerzas de que está dotado. En su desarrollo consiste la educación *intelectual*.

En el corazón hay que desenvolver los sentimientos afectuosos, nobles y elevados, por medio del ejercicio, y á esto se reduce el desarrollo de la facultad de sentir ó la educación *estética*.

Por fin, el alma debe volverse hacia el Criador, sometiéndose á su voluntad en todo y por todo, obrando siempre bajo las inspiraciones de una conciencia ilustrada por las luces de la fe y de la razón, que es lo que se propone ó tiene por objeto la educación *moral* y *religiosa*.

MARIANO CARDERERA.
(Principios de Educación).

ALEJANDRIA: LA BIBLIOTECA

Alejandro, como todos los pueblos orientales, tiene en su parte antigua un aspecto triste y desordenado. Calles estrechas y tortuosas, casas desiguales, aleros de tejado que con dificultad permiten ver el cielo, mutilaciones exteriores en los edificios, algún ajimez morisco, muchas celosías, pocos recuerdos, escasísimas trazas de lo que fué ó de lo que al viajero se le figura que deben presentarle. Pero Alejandro, como todo pueblo que se moderniza, y permítase la expresión, tiene también calles anchas y rectas, hermosas plazas, magníficos edificios, suntuoso aspecto de elegancia y comodidad contemporánea. No en balde hemos repetido ya muchas veces que es un pueblo mixto.

Su población será hoy de 200,000 almas, mitad sedentaria, y mitad compuesta de soldados, marineros, trabajadores y transeuntes. Este crecimiento de población es muy moderno, pues á principios del siglo quizá no se contaría la cuarta parte del vecindario; y modernos son

también el gran comercio y la industria de hoy, como modernos son los desarrollos de la vida europea, que buscan en las Indias colocación á su pasmosa exuberancia.

¿Es, con todo Alejandro, algo parecido á lo que fué en un tiempo? De ninguna manera.

Nadie tiene derecho á ignorar el origen de esta ciudad tan célebre en la historia del mundo. Alejandro el Grande invade el Egipto, conquista á Menfis, su capital, y sale con su ambición y con su gloria á escoger un punto donde su nombre pueda eternizarse. Llega á las costas de Occidente, como los orientales llaman al confín de su tierra que mira al Mediterráneo, y, encontrando fabricada por la naturaleza la más hermosa bahía que él pudo imaginarse, para establecer el paso de uno á otro mundo, sienta sus reales y encarga al arquitecto Dinócrates que trace allí mismo una gran ciudad. El arquitecto imagina que el nuevo pueblo tenga la figura de la capa macedonia que lleva en sus hombros el hijo de Filipo: las puntas de la capa se adaptarán á las lenguas de tierra que constituyen el magnífico

puerto; pone manos á la obra y funda á Alejandria.

La leyenda refiere que Dinócrates, trazando sobre el suelo los planos de la ciudad, se encontró falto de yeso blanco para seguir las líneas; y que Alejandro mandó entonces que se le entregara la harina de flor de su convoy, para terminar con ella los trazos del pueblo que iba á llevar su nombre. Esta conseja corrobora la idea de que Alejandro comprendió desde el primer momento la gran importancia del pueblo que fundaba: allí existía la solución de continuidad entre Oriente y Occidente; allí era menester reanudarla.

¿Lo consiguió Alejandro?—Alejandro lo consiguió todo.

Nosotros no podemos seguir la historia en estas sencillas jornadas, y la historia además es muy sabida en esta parte de su grandeza antigua: nos contentaremos con recordar simplemente las frases hechas de nuestro idioma, que dicen:—«Escuela filosófica de Alejandria, Faro de Alejandria, Biblioteca de Alejandria, Comercio de Alejandria.»—Con los recuerdos que esas frases despiertan, hay lo suficiente para nuestro objeto.

Alejandro y los Macedonios lo traen aquí todo, los Ptolomeos lo hacen todo, los griegos y los romanos lo acumulan todo: diversas civilizaciones, grandes todas, hacen de Alejandria el objeto de su predilección durante más de diez siglos. ¿Qué resultó, pues?—Omar, el tristemente célebre Omar, escribe al califa después de su conquista de Alejandria á mediados del siglo séptimo de nuestra era:

«He tomado la gran ciudad del Occidente. Me es imposible enumerarte la gran variedad de cosas ricas y bellas que contiene, y me contentaré sólo con indicar que hay en ella cuatro mil palacios, cuatro mil baños, cuatrocientos teatros ó lugares de recreo, doce mil tiendas para el comercio y cuarenta mil tributarios judíos.»

He aquí unas breves palabras que resumen la más grande y maravillosa historia. Busquemos, pues, á través de esas palabras los restos de la antigua Alejandria. Busquemos esos baños y esos palacios, busquemos esa Academia, esa Biblioteca, ese Serapium, esa tumba de Alejandro el Grande, ese Faro que ilumina desde su elevadísima torre de mármol

blanco al emporio del comercio del mundo. Busquemos... pero ¡ay! en Alejandría no hay ya nada que buscar: hasta las ruínas han desaparecido. Sólo el arqueólogo puede, con Herodoto y Plutarco, Josefo y Plinio en la mano, reconstruir la ciudad por los trazos de cimentación que aún se perciben en diferentes lugares. Los Califas han pulverizado la obra de los Ptolomeos.

Hagamos, sin embargo, una justicia al desdichado Omar, contra quien el mundo de Occidente se revuelve en denuestos hace quince siglos, por su pretendido incendio de la Biblioteca de Alejandría. El asunto no deja de ser curioso.

El incendio de la Biblioteca de Alejandría es un suceso que tiene más de moral que de físico. Antes de la Biblioteca, la civilización; después de la Biblioteca, la barbarie; hoy el renacimiento científico basado en la memoria de la célebre Biblioteca, y la Biblioteca no existe. De aquí la importancia á nuestros ojos de un hecho por demás sencillo.

La Biblioteca de Alejandría que los antiguos egipcios llamaban *Tesoro de los remedios del alma*, estaba compuesta

de 700,000 volúmenes, cuya adquisición se debió exclusivamante á los Ptolomeos. Todos los libros de algún valer que se encontraban por el mundo, producto de las civilizaciones indias, asirias, persas, griegas y latinas, todos iban á parar á la gran Biblioteca, donde se conservaban al decir de los historiadores contemporáneos, con mayor esmero del que se usa en nuestros principales establecimientos de la misma clase. La adquisición de los libros se hacía sin reparar en gastos ni en diligencia. Al término de las batallas, en los momentos de las invasiones, por la vía del comercio de tierra y mar, en los tratados de los pueblos, todas las circunstancias eran aprovechadas para conquistar los tesoros del ingenio con una avaricia apenas comparable á la del bibliófilo moderno más renombrado. Los que viajaban por Egipto, ó por comarcas en que los egipcios ejerciesen autoridad, se veían despojados de sus obras, las cuales, fielmente copiadas por hábiles reproductores, pasaban á ser propiedad de la Biblioteca, entregándose las copias á los desposeídos. La célebre Biblioteca de Pérgamo (origen de la pala-

bra pergamino), pasó intacta por derecho de conquista al inmenso arsenal científico y literario de los Ptolomeos. Baste decir que uno de estos reyes pagó por la traducción al griego de la versión de los Setenta, de la Biblia, una suma en talentos de Alejandría correspondiente á veintidós millones de reales de nuestra moneda.—Y ¡ahora nos admiramos de que el marqués de Salamanca pagase en Roma ocho mil duros por uno de los cinco ejemplares que se conservan de la novela caballeresca *Tirante el Blanco!*

Cuatrocientos mil volúmenes de esta imponderable colección se hallaban colocados en la Academia, magnífico edificio construído sobre uno de los muelles del puerto, especie de Ateneo, y lugar de controversia de los sabios, cuyas ruinas existen aún en la actualidad, sobre lo que fué tumba de Alejandro. Los otros trescientos mil, entre los que se hallaban los de Pérgamo, adquiridos por Cleopatra, residían en el gran templo de Serapis, en el interior de la ciudad, templo que puede asimilarse á la catedral de los egipcios.

Ahora bien: cuando César penetró en

Alejandría á destronar al último de los Ptolomeos para dar la corona á Cleopatra, tuvo necesidad, como ardid de guerra, de incendiar la flota egipcia surta en el puerto; y los vientos que soplaban sobre la Academia destruyeron este grandioso edificio, sepultando en sus ruinas la más hermosa porción, ó como si dijéramos, la verdadera Biblioteca de Alejandría. No fué, pues, el mahometano Omar, sino el civilizador Julio César, quien contribuyó, sin quererlo, á esta catástrofe; y ¡cosa singular! el mundo antiguo se acababa con César, y con César acababa fortuitamente la Biblioteca de Alejandría. Los primeros cristianos pudieron contemplar las cenizas de la Academia.

Restaban aún los volúmenes del Serapium, conservados como por milagro hasta la invasión sarracena: y entonces Omar, bárbaro á las claras, literato como suelen serlo todos los conquistadores, viéndose falto de combustible para calentar los cuatro mil baños, de que habla en su carta el califa, dispuso que los libros alimentasen las calderas. ¿Qué sabía él de la ciencia de griegos ni babilonios?

¡En el presente siglo, los generales franceses que invadieron la Península en nombre de Napoleón, permitían que se hiciese cama para los caballos con los papeles del archivo de Simancas!

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

(La Novela de Egipto.)

LA FIESTA DE SAN ANTONIO ABAD

Un cronista está en la obligación de verlo todo, para dar cuenta de todo á sus lectores; cumpliendo esta obligación fui el lunes á la fiesta de vecindad; que se celebra el día de San Antonio abad, en las calles de Fuencarral y de Hortaleza, donde se halla la iglesia que lleva el nombre de aquel bendito solitario de la Tebaida, varón perfecto, de fortísimo espíritu y refractario á todo linaje de tentaciones; y en verdad que su virtud ha tenido pocos imitadores, y cada vez tiene menos.

La fiesta de San Antonio, San Antón le llama el vulgo, es una de las más tranquilas y ordenadas fiestas, aunque á ella asisten muchos animales.

Los jinetes, unos, elegantes, apuestos,

cabalgando en briosos corceles; los otros, luciendo la airosa chaquetilla y el pantalón ajustado, montados en jacos muy corridos y destinados, por su desdicha, á la Plaza de Toros: y otros, en fin, matuteros, ó cosa así, de profesión, en jamelgos acostumbrados á no comer, más lijeros que el viento, entran por la calle de Hortaleza y salen por la de Fuencarral, y vuelven á entrar por aquella y á salir por esta y así se pasan la tarde.

Por las aceras pasea la gente; y en balcones y ventanas las vecinas lucen sus lindas caras, y de cuando en cuando se ve cómo asoma la gaita alguna patrona bigotuda ó algún señor gordo, de bata de ramos y gorro más ó menos griego, ó alguna dama de gran estampa, que tiene en brazos al perrito envuelto en una especie de saco ruso para preservarle del frío.

Yo veo siempre con gusto el edificio donde se halla la iglesia de San Antonio abad, que es el mismo del Colegio de las Escuelas Pías. En esa bendita casa aprendí á leer, á escribir y contar; y la historia, y la geografía, y el latín, y tuve la fortuna de ser uno de los alumnos

más queridos de los excelentes dignos Padres Escolapios. El Padre Fulgencio, entonces tan gallardo y elegante, sacerdote que en aquella época, treinta años hace, alcanzó cierta notoriedad política; y á quien tres ó cuatro veranos atrás hallé en Trillo á donde había ido buscando en vano el remedio á la enfermedad que poco después le quitó la vida; el Padre Blas, siempre tan alegre, tan campechano, con el bonete ladeado, de aire marcial y suelto, tan amable con los chicos; el Padre Angel, el terrible Padre Angel, intransigente con los muchachos torpes ó desaplicados; el Padre Manuel, el Padre Ildefonso, tan suave y apacible, gran latino y maestro incansable; todos, en fin, me trataban con la más cariñosa predilección, y allí era yo como de la casa. Preferíanme para que les ayudara á misa, y yo lo hacía de mil amores; invitabanme á todas sus funciones religiosas, y llegado el día de la del Santo titular, cabíame la honra de acompañar y ayudar en su tarea al Padre encargado de repartir la cebada bendita á los jinetes que, en demanda de ella para sus caballos, se acercaban á la reja de la calle de

la Farmacia. Estaba yo en mis glorias con tan señalada distinción, y no eran pocas las envidias que excitaba entre los demás chicos, descontentos por no haber sido también llamados al desempeño de tan importantes funciones.

En la fiesta de San Antón renuevo todos los años estos agradables recuerdos de la infancia, y por eso voy á verla, y además porque en la función no hay desórdenes ni escándalos, debiéndose esta ventaja inapreciable á la feliz circunstancia de no ser de las de bota y merienda, pues ya se sabe que el vino es el agente principal de todo exceso, de toda reyerta, de todo escándalo, y, á las veces, ha figurado el vino hasta entre los más eficaces agentes electorales.

CARLOS FRONTAURA

(Ilustración Española y Americana.)

ANIMADVERSIÓN

CON QUE

LOS ESPAÑOLES MIRABAN Á LOS FRANCESES
QUE INVADIERON LA PENÍNSULA

Haciendo alto á orillas del Guadalimar, parte del ejército se entretuvo en

marchas incomprensibles, y empleado en esto más de un día, nos encontramos de nuevo sobre Menjíbar al anochecer del 18, punto al cual había llegado horas antes la división del marqués de Coupiny. Reunidos ambos ejércitos, no hubo allí más parada que la precisa para recoger las provisiones de que estábamos tan escasos, y ya muy de noche emprendimos el camino de Bailén. Eramos catorce mil hombres. Todo anunciaba que íbamos á tener un encuentro formal con el ejército francés.

Según nuestras noticias, Dupont continuaba en Andújar, reforzado por la división de Vedel. ¿Habían trabado acción con nuestro tercer cuerpo y el de reserva que pasando el río por Marmolejo, estaban situados en la orilla derecha? Nosotros creíamos que sí, á menos que Castaños no aguardase para atacar enérgicamente, á que la segunda y primera división cayeran sobre la espalda del ejército de Dupont, bajando desde Bailén. ¿Era este el objeto que nos guiaba en nuestra marcha? Parecíanos que sí.

Entre tanto llegaba el momento del drama; lejos de nosotros, y en los flancos

del ejército imperial, mil dramáticas peripecias debían precipitar la catástrofe, irritando paulatinamente al enemigo. Los cuerpos francos y columnas de guerrilleros, mandadas por D. Juan de la Cruz, el conde de Valdecañas y el clérigo Argote, se habían desparramado como enjambre mortífero por los pueblos y caseríos que dominaban el cuartel general francés, en las primeras estribaciones de la sierra, al norte de Andújar. De tal modo perseguían aquellos ardorosos paisanos á los franceses y con tanta rapidez se dispersaban para evitar ser atacados, que á los invasores les era de todo punto imposible estar tranquilos un solo momento. El poderoso gigante sacudía de una manotada aquellos moscones venenosos, pero éstos volvían á zumbear en derredor suyo, le molestaban con sus terribles picaduras y huían incólumes sin temer la espada ni el cañón, pues estas armas no se han hecho para mosquitos.

No podían apartarse los franceses de su cuartel general, como no fuera en grandes destacamentos; frecuentemente iban mil hombres á llenar en la fuente

próxima unas cuantas alcarrazas de agua. Si por acaso salían á merodear pelotones de poca fuerza, eran despachados por los guerrilleros en menos que se reza un Credo. Antes que consentir que se apoderaran de una panera, la quemaban: las fuentes eran enturbiadas con lodo y estiércol, para que no pudiesen beber: los molinos, desmontados y enterradas sus piedras para que no molieran un solo grano. ¡Ay de aquel francés que se rezagase en las marchas de su destacamento! ¡Sentíase de improviso asido por mil coléricas manos, sentíase arrastrado por las mujeres, pellizcado por los chicos y acuchillado por los hombres, hasta que su existencia se apagaba con horrible choque en la fría profundidad de un pozo! El invasor no encontraba asilo en ninguna parte, y, forzosamente encerrado en los límites del cuartel general, veía conjurados contra sí hombres y naturaleza. Por esto, rabioso y desesperado, anhelaba batirse en función campal, seguro de su destreza y costumbre de guerrear; y lamentando la estupefacción del general en jefe, exclamaba: «Demós una batalla, y, aunque muera la mitad

del ejército, la otra mitad conquistará un charco en que beber y un puñado de trigo seco que llevar á la boca.»

Habían dejado los franceses en Montoro un destacamento de setenta hombres, para custodiar un molino donde fabricaban con dificultad malísima harina. El alcalde de aquella villa, donde no había quedado ni una sola arma de fuego, se atreve, sin embargo, á dar cuenta de los setenta franceses, para lo cual era preciso despachar primero á los veinticinco que á todas horas estaban de guardia en el puente. Reune, pues, algunos paisanos decididos, y, usando el arma blanca, ataca con furia á la guardia; los veinticinco son exterminados, apodérase de sus fusiles, la valiente cuadrilla sorprende el resto del destacamento en la casa donde se albergaba, hace prisioneros á soldados y jefes y los manda á la isla de León. El parte en que se notificó este suceso á la Junta Suprema, decía que todo se hizo con las *varas de los harrieros* (conservo la ortografía del original); pero esto ha de ser una hipérbole andaluza.

Sintiéndose llamado á más grandes acciones D. José de la Torre, que así se

nombraba aquel alcaldito, sale al encuentro de un convoy que venía de Córdoba, y de los cincuenta y nueve franceses que lo custodiaban, los cincuenta quedan tendidos en el camino, y los nueve restantes corren á contar á Dupont lo que ha pasado. Entonces Dupont envía mil hombres á Montoro, con encargo de que incendien el pueblo y lleven vivo ó muerto al alcalde. Arde Montoro, y La Torre, conducido vivo, va á ser pasado por las armas; pero un general francés, á quien poco antes había dado hospitalidad, intercede por él; es puesto en libertad: y aquel *petit caporal* de las guerrillas marcha á Sevilla á recibir de la Junta los galones de capitán de ejército.

Pues bien, lo que pasaba en Montoro ocurría en todos los pueblos de la carretera de Andalucía, desde Córdoba hasta Santa Elena. El gigante que incendiaba lugares y destrozaba ejércitos, no podía dar un paso sin encontrar un avispero, y frenético con aquel zumbido, envenenado por los agujones, maldecía la hora de la invasión. El águila devorada por los insectos, graznaba á orillas del Guadalquivir con hambre y calentura, afir-

lando sus garras en el tronco de los olivos, con el ansia de que llegara pronto la ocasión de destrozarse alguna cosa.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

(*Episodios Nacionales.—Batán*)

DIVISIÓN DEL TRABAJO

Y CAMBIO DE PRODUCTOS.

Si el hombre viviera aislado dentro de la sociedad, había de verse muy comprometido para la satisfacción de sus menores necesidades. En primer lugar, para que el hombre se proporcione el alimento necesario, ha de producirlo ó ha de comprarlo. Aislado de los demás hombres no puede verificar lo segundo y tiene por consecuencia que concretarse á lo primero. Esto es evidente; pero ¿podrá el hombre solo, en la hipótesis que persigo, atender á la siembra de diferentes vegetales, regar sus sembrados y recolectar sus productos? Aun reducido á los alimentos más sencillos, ¿podrá proporcionarse leña, agua, sal y tantas otras cosas necesarias en la cocina más modesta? Concederé que sí, para que veas que no trato de negar concesiones.